

James Scott

# El secreto de la señora Howell

Traducción del inglés de  
María Maestro y Magalí Martínez

alevosía 

*Para Taylor*



# Libro I

# Capítulo 1

Elspeth Howell era una pecadora. Ese pensamiento se cernía sobre ella como una sombra cuando se lavaba la cara o descubría su reflejo atrapado en una ventana, o al bajarse del tren tras meses lejos de casa. Cada vez que veía una iglesia o escuchaba algún versículo de la Biblia en boca de su marido, cada vez que se tocaba la sencilla cruz que le colgaba del cuello al cargar sus bolsas, sus faltas se le acumulaban en los más hondo del pecho, duras y pesadas como piedras. Sus múltiples pecados —la ira, la codicia, el robo— le tensionaban el cuerpo, y todo cuanto podía amortiguar la presión era el movimiento, encontrar algo en lo que ocupar sus débiles manos y su mente tentada. De modo que, una vez más, batió las piernas contra la nieve acumulada en ventisqueros que le llegaban hasta la cintura, y caminó.

Tras recorrer varios kilómetros, el cielo sobre ella se había convertido en una enorme mancha gris y las pesadas nubes liberaron su carga. Se aflojó la bufanda que le cubría la cara y el frío le invadió de súbito los pulmones. Tan pronto se deslizaba una gota de sudor por entre uno de los guantes o bajo cualquiera de sus rizos, esta se convertía en hielo que titilaba con la última luz.

Guardaba en el bolsillo una lista con los nombres y las edades de los niños, los años tachados hasta dos y tres veces, para no olvidarse de ninguno al comprar los regalos. Llevaba un escamador de pescado para Amos, catorce, un llamador de gansos para Caleb, doce, un cuchillo de caza para Jesse, diez, un paño de lana de más de un metro para Mary, quince, una tira de lazo morado para Emma, seis, y un pequeño frasco de perfume para que las dos

niñas lo compartieran. Cuidadosamente protegidos contra los elementos, escondidos en el fondo de una bolsa, había caramelos de fresa, gominolas y chicles. Para su marido, llevaba dos cajas de munición y un nuevo par de esquiladoras. En conjunto, todos estos bienes le habían costado una pequeña parte de su salario de cuatro meses de trabajo como matrona. El resto descansaba en las puntas de sus botas.

El valle se extendía tras ella; las huellas que dejaba en el camino ya se habían borrado. Cuando se apeó del tren en Deerstand a media mañana, apenas caían unos copos de nieve, pero cuanto más se acercaba a su casa, estos cobraban mayor consistencia y la nevada se tornaba más intensa. Era como si, pensó, Dios quisiera mantener a los extraños tan lejos como los Howell. «Somos un arca, a la espera de la crecida de las aguas», le gustaba decir a su marido Jorah. Ella escuchó su voz serena en sus oídos, por encima del silbido del viento y el susurro de los copos húmedos, y le echó de menos. Anhelaba el tacto sedoso de su pelo en la mejilla por la noche, sus pasos sigilosos cuando partía de madrugada para ordeñar, y su olor: a hojas, a tabaco, a aire libre.

Elspeth había tenido la intención de volver a casa en octubre. El bebé había nacido antes de que la nieve cubriera la tierra con su manto y ella iba a visitarlo a diario para comprobar que estaba bien, para acariciar cada uno de sus deditos y sus uñas nacaradas. El niño crecía al tiempo que octubre daba paso a noviembre y el calendario flirteaba con el mes de diciembre. La ciudad, cualquier ciudad, siempre necesitaba de una matrona. Tampoco aquella mañana en la que miraba por la ventana al calor del fuego, Elspeth fue capaz de marcharse y subirse al tren antes de que el alba despuntara revelando un claro y radiante día.

Pese a estar todavía lejos de casa, algo le rondaba en la cabeza amenazando con tomar impulso y derribarla. Aceleró el paso, pero la prisa propició los traspies. El camino se estrechó y ella avanzó entre robles desnudos y pinos temblorosos. La luz que emanaba de la nieve se volvió del color de un flamante cardenal al morir el día, su fulgor apenas suficiente para marcarle el camino. El terreno volvió a ser llano y se abrió paso entre los bos-

ques. Elspeth supo por la tierra removida que estaba atravesando los campos de maíz; los tallos muertos crujían bajo el hielo y la nieve. Caminó a lo largo del arroyo que les traía el agua, helada en la superficie pero en curso por debajo. Fue entonces cuando el miedo que la había estado atenazando se hizo patente: era la nada. Ningún olor de la lumbre del hogar; ningún grito de los niños agrupando a las ovejas o arreando a las vacas; ninguna luz de bienvenida.

Coronó el último repecho. La casa estaba enclavada en lo alto de un cerro, el pequeño altiplano parecía hecho ex profeso para ellos, cincelado por Dios para su seguridad, para mantenerlos a salvo como un secreto perfecto. Contuvo la respiración, a la espera de algún indicio de vida, y solo escuchó el chasquido lejano de una rama. Todo permanecía inmóvil. No podía vislumbrar el humo de la chimenea y, pese a lo avanzado de la hora, tampoco se veía ninguna lámpara encendida a través de las ventanas. Elspeth echó a correr. Tropezó y el peso de su petate la empujó de bruces contra la nieve. Arañándola con las manos y escavando con los pies, cogió impulso para ponerse en pie y corrió veloz hacia la casa.

Al acercarse, advirtió un agujero en la nieve, junto a la puerta principal. Un oso, pensó, un lobo, pero la náusea que horadaba su estómago le decía otra cosa. Un destello de color le devolvió el aliento. El agujero la atrajo hacia él, y ella temió que se la tragara, pues en su día había visto, desde esta misma cima, cómo un tornado envolvía un roble de más de tres metros, dejando apenas una brecha irregular allí donde las raíces habían estado. El color parpadeó de nuevo, un destello de rojo abriéndose paso entre la oscuridad como la lengua viperina del diablo. La puerta de anejo golpeteaba incesante contra la casa cuando Elspeth se adelantó y cayó de rodillas. Allí, en camión, yacía Emma, la más pequeña, sus rizos rubios apelmazados por la sangre. El lazo morado que sujetaba su cabello ondeaba al viento, casi libre. La nieve se había derretido y luego se había vuelto a congelar formando una suerte de masa obsidiana bajo su cuerpo. Una ligera capa de polvo había cubierto su cara y el camión, y Elspeth se quitó los guantes para retirarla. Le habían pegado un tiro. El frío le había arrugado

la piel que rodeaba la limpia herida de bala en la frente, la sangre allí, un delgado anillo rojo. Elspeth emitió un ruidito sordo, feroz, y se frotó las manos antes de atreverse a tirar de unas cuantas hebras de cabello pegadas a la herida y colocarlas detrás de la oreja de la niña. De no haber sido por la súbita y vibrante repulsión que le causaron esas imágenes, habría dicho que Emma estaba durmiendo plácidamente. Sin nieve, con el pelo en su sitio, Emma se parecía más a sí misma, y eso aumentaba todavía más el dolor de su madre. Deseó chillar, gritar en busca de ayuda, pero el Arca había sido elegida por su aislamiento; Deerstand era la ciudad más cercana, a seis horas por el mismo camino que Elspeth a duras penas había conseguido hacer en pleno día. Volvió la vista hacia el granero, donde Caleb dormía, y tampoco atisbó signo alguno de vida. El frío que espantaban con sus cuerpos y el fuego del hogar había vencido: no quedaba un resquicio de calor en la colina. Nada se podía hacer. Nadie había a quien pedir socorro.

La puerta de anjeo crujió a su espalda y Elspeth empujó la puerta principal. La casa, normalmente sobrecalentada en las primeras noches de invierno, no daba tregua al frío. El quinqué permanecía apagado en medio de la mesa de cocina, las cerillas junto a él. Se quitó el petate y se sacudió la nieve del sombrero y de los hombros, postergando el momento siguiente. No quería ver lo que la luz le deparaba.

En la oscuridad, aferró el perchero que Jesse había construido. Los abrigos colgaban de cada uno de los ganchos. Estaban fríos. Se agachó y tocó la ordenada hilera de zapatos y botas que, bajo el alféizar de la ventana, lindaba con la puerta, y no encontró ningún charco de nieve derretida en el suelo. Permaneció con los botones abrochados y los cordones fuertemente anudados.

Encendió una cerilla y la acercó a la mecha húmeda de la lámpara; el resplandor la obligó a girarse. Ajustó la llama y dejó que su visión se adaptara. A medio metro escaso de distancia, tendida sobre el fogón, estaba Mary. Elspeth reconoció el estampado de su vestido, un regalo de un viaje anterior. También a ella le habían disparado, por la espalda. Las costuras, pulidas y tirantes en la mano de la niña, la mantenían alejada del suelo, la tela enredada

en el herraje del fogón. Cuando Elspeth dio marcha atrás para apartarse del cuerpo, al bajar el quinqué, descubrió a Amos en el suelo, a cuatro pasos de su hermana mayor. Debía de haber estado ayudándola a preparar la comida. Se había cortado el pelo desde la última vez que lo había visto, cuando le caía como el de una niña casi a la altura de los hombros y había desarrollado un tic para apartárselo de la cara, un repentino y fugaz giro de cuello. Elspeth se acuclilló para tocarle el cabello crespo y se preguntó si seguiría teniendo el tic después del corte, como antaño le sucediera a su padre cuando se caía de la cama al levantarse sin recordar que había perdido una pierna en la rueda de un molino. Pensó que a Amos le habían robado los ojos, o se los habían hecho saltar fuera de las órbitas de un disparo, pero cuando la luz de la lámpara le dio en la cara vio que dos grandes botones de latón, de los que se usan en los monos de labor, cubrían su mirada vacua. Elspeth se desplomó hacia atrás sobre sus manos. Como un insecto, retrocedió a rastras hasta chocar con la pared. No sabía si el latido de su corazón había recobrado su ritmo habitual o si directamente se había parado. Ellos habían sido bebés una vez, arropados y acunados en sus brazos. Las coronillas de sus cabecitas habían desprendido un olor tan dulce. Cómo los había arrullado. Cómo los había acariciado y besado.

En medio del silencio, Elspeth escuchó un leve silbido que le heló la sangre. Era un silbido incesante. Luego lo sintió en su mano desnuda, el exterior abriéndose camino a través de los agujeros de bala que salpicaban la casa. Se presentaron ante ella de forma paulatina, diez, veinte, incontables agujeros grandes de bala, luego docenas, puede que más de un centenar de perdigones de escopeta. La estancia se contrajo, y ella se inclinó hacia delante y abrazó las rodillas con sus manos. Cuando recuperó el aliento, se dirigió a la zona de estar, un espacio rectangular que abarcaba toda la longitud del edificio, y descubrió a Jesse bocabajo frente a la puerta del dormitorio de sus padres, con ambos brazos extendidos sobre la cabeza, como si le hubieran disparado al saltar a un arroyo. Elspeth tuvo que sortearlo y sus pies dejaron un parche de nieve entre el brazo y el cuerpo del muchacho.

Abrió la puerta, pero cerró los ojos antes de que la lámpara confirmara sus temores. Inspiró. El dormitorio olía como ella lo recordaba, a Jorah durmiendo, el aire preñado todo de su aliento. Levantó los párpados, pesados como losas. Al ver a su marido gimió y se apretó las sienes con los puños, como si a base de mera fuerza bruta pudiera sujetar todos sus pensamientos. Jorah yacía sobre la cama, su rostro congelado en una mueca iracunda, con el ceño fruncido y los dientes apretados. El torso desnudo soportaba sus heridas. Un pie embarrado rozaba el suelo. Se permitió rememorar los mullidos pasos de él cuando al levantarse de madrugada trataba de no despertarla. El viento insistió, sacándola de su ensimismamiento al introducir un chirrido fantasmagórico en el dormitorio. Hasta la cama estaba manchada de negro. Ella pateó las docenas de cartuchos de escopeta y casquillos de rifle que sembraban el suelo y estos tintinearón al chocar unos con otros. No conseguía tocar la piel grisácea de su marido. Por lo general, cuando volvía de alguno de sus viajes, Jorah seguía durmiendo en las mismas sábanas que le había dejado puestas a su partida. De nada valía que ella le dejara un juego limpio en la cómoda, en su ausencia solo acumulaba polvo. Semanas después, cuando ella volvía, las sábanas en las que Jorah había dormido plácidamente estaban tiasas de mugre: del establo, del campo y de su propio sudor. Las articulaciones de Jorah se habían entumecido; ella le levantó las piernas para colocárselas sobre el colchón y trató de enderezarlas, pero seguía sin tocar su piel. Cambió las roñosas sábanas como había aprendido a hacer con las mujeres embarazadas postradas en cama, girándolo suavemente hacia un lado cuando lo necesitaba. Una vez quitadas, las hizo un gurrño que presionó contra su cara, aspirando el olor de su marido. No le importó la sangre; después de todo, era su sangre. Allí, en la cómoda, reposaban las sábanas limpias que ella le había dejado preparadas. Las extendió de una sacudida, el único sonido en una casa por lo general tan llena de ruido que Elspeth solía retirarse al campo para pensar o rezar, o para mortificarse ante el creciente zumbido de la tentación en su cuerpo. Las sábanas limpias brillaban como la nieve, reflejando la luz de la lámpara. Las estiró por debajo de Jo-

rah, tirando de ellas lo más suavemente posible, porque cada vez que su cuerpo se desplazaba con el movimiento de las sábanas, era solo eso: un cuerpo. No un hombre, no su marido. Cuando hubo terminado, sostuvo levantada la cabeza de Jorah, reemplazó la funda de la almohada, volvió a ahuecar el plumón y le levantó la cabeza una vez más, sintiendo de nuevo el tacto de su nuca, terso y cálido en otro tiempo, ahora frío y rígido. Sacudió la mano como si la sensación se le deslizara por los dedos a la manera de una gota de agua. Nunca le había parecido tan pequeño, su protector. Para ella, él se había cernido sobre todo y sobre todos, amparándoles con toda la seguridad y el bienestar que podía.

Apagó la lámpara y se tumbó junto a él mientras el viento se desataba barriendo la totalidad de la casa. Fuera empujaba las nubes hacia el sur, y la luna salió arrojando su luz plateada sobre el entarimado, las botas que Jorah colocaba cada noche junto a la cama y los casquillos de rifle.

Elsbeth pensó de nuevo en Caleb. Primero lo imaginó pequeño y arrebujado en una sábana amarilla, color que contrastaba drásticamente con el rojo estridente de su piel, la boca sin dientes y berreando. Pero habían pasado doce años, andaba y hablaba, tenía un pelo del color de la tierra fértil que le caía hasta las cejas y el otoño anterior había perdido su último diente de leche. Era un niño solitario que se pasaba la mayor parte del tiempo en el establo, durmiendo entre animales, hablándoles cuando se sentía solo. Una mañana de primavera, ella había ido a ver por qué él no le había traído aún la leche y se lo encontró apoyado en el redil que rodeaba el gallinero, con la mejilla apoyada en sus manos entrelazadas y diciéndole a la oveja que las vacas no estaban cooperando. Cuando Elspeth se lo contó a su marido, él dijo que también lo había visto, que el muchacho hablaba más con los animales que con su propia familia. Jorah reservaba un tono especial para Caleb, un timbre delicado, como si el niño se asustara fácilmente, como un caballo medroso.

El cuerpo de Caleb no estaba en la casa. Ella no había sido capaz de pensar —la cabeza le latía y le golpeaba al ritmo del co-

razón—, pero al tomar consciencia de su acostumbrado anhelo de moverse, de hacer algo, se apresuró a buscarle; patinó sobre los casquillos y se golpeó contra el marco de la puerta. Bajo la luz de la luna, los cuerpos de sus hijos existían solo como sombras. Cruzó el salón y la cocina hasta salir de nuevo al frío. A través del aullido de un viento que le quemaba la cara y una pertinaz cortina de nieve gritó el nombre de Caleb. En la oscuridad, el establo parecía agazapado, cubierto por las sombras de los pinos. Sin el cálido resplandor del hogar como guía, ella no tenía claro que fuera a encontrar el camino hasta allí, y menos aún el camino de vuelta. La luna se había perdido en la tormenta. Anduvo cuanto pudo, con un pie delante del otro, hasta que sus piernas finalmente cedieron y resbaló, y volvió a gritar su nombre. Si Caleb hubiera sobrevivido, habría luz en el henil; los cuerpos no estarían en ese estado.

Se encerró dentro, colgando automáticamente su chaqueta con las otras, y se detuvo a escuchar, como si la propia casa pudiera decirle lo que había ocurrido. Por las múltiples armas empleadas, la enorme cantidad de proyectiles y casquillos, y habida cuenta de que Jorah ni siquiera se había levantado de la cama, parecía evidente que más de un asesino había irrumpido en su casa. Imaginó un ejército de ellos, arrastrándose por la casa como arañas. Nadie le había seguido jamás en su largo periplo desde Deerstand; ella los habría visto, oído, sentido a su espalda. Un hombre tendría que desplazarse un gran trecho de su camino para toparse con la granja de los Howell, emplazada como estaba en lo que la mayoría consideraría el lado equivocado de la colina para cultivar en una extensión situada en el norte del estado de Nueva York, tan vasta y vacía que incluso aquellos que ex profeso buscaran la casa tendrían dificultades para encontrarla. Nadie vivía lo suficientemente cerca para conocerlos, así lo habían querido, así tenía que ser. Por supuesto, Elspeth tenía sus enemigos, y sus pecados estaban atados con las cuerdas del diablo a aquellos a quienes ella había agraviado.

Mareada, rompió el hielo que cubría la superficie del bebedero y sorbió un poco de agua del cucharón. En la sala principal

había tres troncos apoyados contra la pared del fondo, junto a la gran estufa de leña; abrió la ventana enrejada y advirtió que Jorah había dejado el fuego preparado para la mañana siguiente. Tal vez eso explicara su presencia en el dormitorio. Jorah acostumbraba a volver para echar una cabezada entre sus quehaceres matutinos y el primer rubor del cielo, y cuando su peso remodelaba la cama que compartían, Elspeth solía hacerse la dormida antes de caer también en el sueño, escuchando los sonidos de su respiración.

Rescató las cerillas, pasando de nuevo por encima del cuerpo de Jesse. Ver a sus niños despatarrados en la cocina le afectó aún más cuando hubo superado el estado de *shock*, y todo su cuerpo se echó a temblar. Permaneció de pie, estremecida, sudorosa, sin saber bien por dónde empezar. Sus dedos entumecidos se pusieron manos a la obra tratando de desenmarañar el vestido del herraje del fogón, y se detuvo un instante para calentar con su aliento sus manos ahuecadas. Mary se agitaba como una muñeca con los esfuerzos de su madre, pero fue inútil. Elspeth tendría que liberarla mañana. Cómo habría llorado Mary ante ese pensamiento, después de todas las horas que había pasado en el jardín sujetándose el vestido con los brazos para que no se manchara de polvo. Incluso los pollos parecían entender su preocupación, y no le picaban en los dedos ni revoloteaban a sus pies como hacían con el resto de los Howell. Pero todo tendría que esperar a la mañana siguiente y a la luz del día. Ella sacaría los cuerpos al establo con su hermano Caleb. Una vez la casa se calentara, el olor sería insoportable. Darles sepultura era a todas luces algo imposible en aquella época del año. Ni siquiera Jorah habría podido escavar lo suficiente para enterrar los cuerpos de forma segura.

Mientras estiraba el vestido de Mary, Elspeth escuchó una suerte de raspado en la despensa, y sintió cierto alivio al constatar que tenía compañía, aunque solo se tratara de un ratón. La voz casi se le salió de la garganta para llamar a los muchachos, aficionados a cazar ratones y a guardarlos en casitas que ellos mismos les construían con restos de madera. Se acercó con cautela a la puerta, temerosa de asustar al animal. El suelo crujió. Un fognazo y ella salió despedida. Aterrizó en la mesa de la cocina, la garganta y las

fosas nasales impregnadas de un fuerte olor a quemado, su cuerpo desgarrado. Se sentía como si toda ella se hubiera hecho pedazos.

La despensa olía a pólvora. El humo acre se ensortijó y luego se desvaneció, succionado por el agujero que habían generado en la pared el codo de Caleb Howell y el culatazo de su arma —su posesión más preciada—, una escopeta Ithaca del calibre 12. El barril de tres cuartos de metro ocupaba la mayor parte de la despensa y no dejaba espacio para el retroceso. Había otros seis cartuchos entre el revoltijo de mantas que tenía entre las piernas. Caleb recogió los casquillos, todavía humeantes, y cargó torpemente dos cartuchos más antes de pegar la cara a la puerta de la despensa y mirar a través del agujero originado por el disparo. Sintió que la mejilla le ardía. Había escuchado un gruñido al impactar la bala y el chirrido de las patas de la mesa cuando el cuerpo del asesino la había arrastrado por el suelo de la cocina.

A través del humeante boquete en la madera, vio una mano sobre el canto de la mesa, la sangre goteando sin tregua de los dedos índice y corazón. El goteo constante le ayudó a marcar el tiempo. Contó veinte, luego veinte más. No podía contar más allá.

Momentos antes, en su delirio, le había resultado reconfortante escuchar de nuevo sonidos que nada tenían que ver con aquellos fabricados por su miedo, el quejido incesante del viento a través de los agujeros de bala y los rasguños del olmo al rozar con el tejado.

Él dormía cuando los hombres habían entrado. El primer disparo le había enviado raudo al borde inferior de la portezuela del henil. El sol amenazaba con salir. Su hermana, que se dirigiría a buscarle para el desayuno como hacía casi todas las mañanas, yacía en la nieve. Cuando los hombres rebasaron la entrada y cruzaron el umbral, Caleb advirtió solo algunos detalles: la larga barba del primero; los andares desgarrados e inseguros del segundo, como los de un becerro recién nacido; y el modo fluido en que el tercero se movía, como el agua. Los tres portaban un arma. Los tres llevaban un pañuelo rojo: el barbudo, suelto sobre los hombros; el desgarrado, enrollado al cuello, y el tercero sujetaba su largo

pelo con el suyo. Caleb oyó otro disparo y se escondió en la oscuridad del henil. El ruido de disparos no cesaba, y él quiso pegar su ojo a una de las grietas de la madera. Salieron de la casa, los tres, y el desgarbado dirigió su mirada hacia el establo. Los pantalones de Caleb se humedecieron y él reculó, escabulléndose entre el heno. Se agazapó, sus manos empuñando la paja.

Tiempo después, tal vez minutos, tal vez horas, le pareció oír voces, y luego nada.

Cuando finalmente se puso en pie y se sacudió la paja de la ropa, la casa estaba a oscuras. El cuerpo de Emma era solo una pequeña sombra. Bajó del henil y cogió su arma del bastidor del fondo del establo. Ithaca en mano, cruzó el patio a la carrera, girando la cabeza a un lado y al otro, convencido de que veía pañuelos rojos detrás de cada árbol. Se detuvo y, con una delicada caricia, apartó la nieve del rostro de su hermana. Una vez dentro, atravesó las habitaciones tan rápido como pudo, dejando el horror atrás como si no pudiera asumirlo del todo, empujando la puerta del dormitorio de sus padres: un fuerte olor a pólvora, el rifle de su padre intacto en el rincón. En su camino de vuelta por la casa, mientras buscaba un resquicio de vida, un gemido, una sacudida, se encontró con una quietud fuera del alcance de su imaginación. Tan poco sentido tenía para él que se oprimió la boca con la mano hasta que la mandíbula le dolió, pues por un momento temió echarse a reír, la garganta y el estómago en un baile continuo barruntando la posibilidad. Cuando se sosegó, aferró su muñeca con la mano y se abrazó a sí mismo con fuerza. No podía abandonar los cuerpos, no quería estar tan solo, y se escondió en la despensa, donde se sentía seguro, confinado. El gemido del viento acompañó sus sollozos mientras esperaba el regreso de los tres hombres. En las profundidades de la noche, salía para estirarse, para verificar si había signos de intrusos y pasarle a Emma un trapo por la cara y el cuerpo, para quitarle una nieve que nunca parecía dejar de caer, luego reptaba de nuevo a la despensa, donde esperaba con el arma cargada.

Se había quedado dormido, de nuevo. Pero esta vez se despertó y no esperó, no dejó que su mano se mostrara insegura ni que

sus piernas se humedecieran. Esta vez había sido valiente. Esta vez había hecho lo que su padre había sido incapaz de hacer: los había protegido.

Cuando tuvo la certeza de que nadie merodeaba entre las sombras, salió de la despensa; las rodillas le crujían y sentía calambres en las piernas por haber permanecido agachado tanto tiempo. Se colocó su Ithaca en la curvatura del hombro. Desde la entrada, vio las botas, las conocía bien. Un grito se escapó de entre sus oxidadas cuerdas vocales. El fulgor del quinqué, difuso a causa de las grietas de la chimenea de vidrio, iluminó el rostro de su madre. Sus ojos gris pizarra estaban cerrados. Le quitó el sombrero y su pelo negro se desplegó sobre la mesa. La bufanda que llevaba enrollada al cuello ayudaba en cierta medida a contener la hemorragia, así que se la dejó puesta. Verla sin moverse le parecía imposible; en sus doce años de vida ni siquiera dormida la había visto tan quieta.

Caleb rezó, no por él, pues hacía tiempo que Dios ya no tenía cabida en su corazón, sino por su madre, que sí era creyente. Sus plegarias fueron respondidas en parte con la elevación y el descenso del pecho de Elspeth, aunque ambos se sucedieran a un ritmo espaciado y vacilante. Esta había conseguido librarse de la mayor parte de los perdigones, muchos de los cuales salpicaban la pared y el aparador con los platos y las tazas. Uno o dos habían impactado en la chimenea del quinqué. Sin embargo, el resto permanecía alojado en su pecho, su hombro y su cuello. Caleb abrió la botella de whisky de su padre —Jorah no era un gran bebedor, solo un sorbo en los días del Señor: Navidad y Pascua y las vísperas del Miércoles de Ceniza y de la Epifanía— y vertió el líquido marrón sobre la ropa de su madre, empapando las heridas como había visto hacer a su padre cuando se había cortado la pierna con el hacha o cuando a Amos le habían pisado una uña. A diferencia de Amos, que había proferido un grito tan feroz que a Caleb le pareció que se había elevado desde sus pies hasta el corazón haciendo vibrar su caja torácica, su madre no hizo el menor ruido. Estaba convencido de que ella iba a morir y de que él la había matado. Ese pensamiento lo anestesió.

Todo cuanto podía hacer era buscar algo en lo que ocuparse. Para entrar en calor, tiró del nido de mantas que había en el fondo de la despensa y se puso dos sobre los hombros. Como cada noche, dejó de lado su Ithaca para intercambiarla por la distancia y la precisión del rifle de su padre. Colocó dos mantas sobre los pies de su madre y otra bajo la cabeza. Extendió las demás entre las sillas para airearlas. Encendió la pequeña estufa al pie de la cama de sus padres y se decidió de nuevo a mover a Jesse. Al pasarle por encima trató de concentrarse en el reflejo que la lámpara proyectaba de la huella húmeda de su madre y no en su pelo alborotado ni en la curva de su oreja. También movería a Amos y a Mary y a Emma, y les daría sepultura. El fuego pronto acabaría descomponiendo los cuerpos —el frío los había conservado—, y Caleb prendió todas las ramas que había podido encontrar desde que los tres hombres habían matado a su familia. Nada preservaba ya su cautela. No le importaba que alguien pudiera ver el humo o la leña ardiendo; todos a cuantos conocía en este mundo se habían trasladado al otro. Los esfuerzos que había hecho durante los últimos cinco días —¿o eran seis?— ya no serían necesarios. La presencia de su madre le había traído un extraño sentido de libertad: todos estaban en casa y a él no le quedaba nada que esperar, nada que temer, a excepción del último aliento de su madre.

Avanzó desgarrado por la sala de estar, sus pies envueltos en unas viejas fundas de almohada que los mantenían calientes y silenciosos, y miró la nieve. Vio las huellas de su madre extendiéndose hasta el establo. Oyó de nuevo el ruido sordo y seco del cuerpo de su madre golpeando la mesa de cocina y el chirrido de sus piernas cavando líneas irregulares en el suelo. Pensó que tenía que existir una suerte de conocimiento elemental profundamente adherido a su sangre que debería haberle impedido apretar el gatillo. ¿No debería él haber adivinado, pese a la oscuridad de la despensa, aunque fuera a través de la madera y del rugido del viento, que la persona que estaba al otro lado era su madre? Volvió a echarle otro vistazo, se sentó junto a ella, llorando y, tras ver cómo su pecho se hundía y se elevaba veinte veces, se serenó, se

secó las lágrimas hasta dejarse la piel en carne viva y arrastró una silla hasta la ventana de la sala de estar para esperar la noche.

Sentarse tan expuesto al exterior le puso nervioso. Para disipar sus temores, se echó el rifle de Jorah al hombro y apuntó tembloroso a los blancos que acertó a vislumbrar en la penumbra: el pino muerto que sujetaba el columpio en su hirsuto asidero; la roca que marcaba el nacimiento del arroyo; la estaca más lejana de las que conformaban el redil de las ovejas y el tocón donde él, Jesse y Amos jugaban al Jefe indio. Si alguien había seguido a su madre, si alguien les aguardaba, si alguien olía el fuego o avistaba las luces, él esperaba estar preparado.

No le resultaba fácil dormirse. Todo estaba pintado con las sombras de los asesinos —un rostro de perfil, la silueta de un cuerpo, las largas piernas, y la barba, y el pelo graso—. Antes de esconderse, había memorizado las armas que portaban al hombro, sus vívidos pañuelos. Recordaba sus andares, cómo se encorvaban ante el frío y la cautela con que caminaban sobre la fina capa de hielo que cubría la nieve, cuidándose de no resbalar. Su madre tosió, y él volvió a comprobar su rifle para asegurarse de que permanecía cargado y se palmeó los bolsillos: el sonido metálico de las balas le dio un respiro.

A la mañana siguiente, Caleb advirtió el sudor frío de su madre, su aliento entrecortado. No sabía qué hacer. Deseó encerrarse de nuevo en la despensa, donde no había tenido consciencia de los días, una colección de horas que había pasado aguzando el oído y temblando y durmiendo hasta que el tiempo se había desangrado por completo. Sabía que debía hacer caso omiso de aquel impulso y se apartó de ella; apoyó la Ithaca y el rifle contra la cómoda del dormitorio de sus padres y se tumbó en el suelo frente a la estufa: el calor y el respaldo de los tablonos enmendaba su postura flexionada de la despensa y le relajaba los músculos. Al cabo tal vez de una hora se dirigió a la cocina, enfilando el camino que había memorizado para evitar ver las caras de sus hermanos y hermanas, mirando primero a la ventana, luego a la repisa, a la grieta en el marco de la puerta, y la cita en ganchillo que Mary

había bordado: Y SI NO OS PARECE BIEN SERVIR AL SEÑOR, ESCOGED HOY A QUIÉN HABÉIS DE SERVIR: SI A LOS DIOS QUE SIRVIERON VUESTROS PADRES, QUE ESTABAN AL OTRO LADO DEL RÍO, O A LOS DIOS DE LOS AMORREOS EN CUYA TIERRA HABITAIS; PERO YO Y MI CASA SERVIREMOS AL SEÑOR. De este modo sorteó en su trayecto a Amos, a Jesse y a Mary. Intentó simular que los cuerpos no eran sus hermanos, sino piezas de mobiliario.

Caleb se sentó en la silla junto a la puerta, la ordenada hilera de botas al otro lado. Solía calzar el viejo par de Amos, desgastadas y demasiado grandes; su padre había rellenado las puntas con lana suelta, pero aquello le producía picor en los pies y tampoco evitaba que sus talones rozaran el cuero. Las botas de Jesse eran estrechas pero cómodas. Se las ató fuerte y se dispuso a visitar el establo. Los animales no habían sido alimentados desde hacía casi una semana y Caleb se preguntó cuántos de ellos estarían muertos o moribundos, o habrían desaparecido, o habrían sido comidos por otro. El aire frío lo hizo toser. El sol le abrasó los ojos. Para bloquearlo alzó las manos machadas con la sangre de su madre y, despacio, a través de los dedos entreabiertos, pudo ver algo más que el blanco centelleante del paisaje. Emma yacía tendida a sus pies y Caleb se detuvo a limpiarle la nieve de la cara por primera vez con luz del día.

Le costó un gran esfuerzo llegar hasta el establo. Cuando lo hizo, su cuerpo era un amasijo de sudor y frío, de dolor y entumecimiento. Alimentarse a base de las conservas y remolachas encurtidas que quedaban en la despensa lo había debilitado. El pan se había acabado el primer día. Mary habría horneado más una vez finalizado el desayuno, y Caleb recordó el ruido que esta hacía al golpear la masa. La nieve se había acumulado en el portón, y las pocas fuerzas que tenía le flaqueaban, no conseguía abrirlo. Trató de escalar por el montón de leña hasta la ventana, pero sus manos se negaron a agarrar el alféizar. Se subió a un tronco e intentó tirar del portón desde arriba, pero este no cedió. Derrotado, finalmente se dio por vencido, llorando y dando patadas a la nieve.

Cuando recobró la calma, tanteó la pared una vez más y pegó la oreja en una de las grietas de los tablones. Oyó ruido en su

interior, pero no la habitual serie de resuellos y resoplidos que respondían a cualquier intrusión. Dio al lateral del establo una última palmada y se armó de coraje para volver a casa.

Sin el temor de matar a su madre o de hierirla de mayor gravedad —tenía claro que ella iba a morir hiciera él lo que hiciese—, calentó el cuchillo de carnicero de su padre sobre la lámpara de queroseno. Giró a Elspeth hacia un lado y extendió una manta por debajo, luego la empujó hacia el lado contrario y estiró la lana. Ella no emitió ningún sonido. La mano que había estado colgando, desangrándose en el suelo, estaba morada e hinchada cuando Caleb se la colocó en el regazo. Le arrancó la cadena del pecho sanguinolento y la limpió con el dedo pulgar. Un perdigón había mellado uno de los brazos de la cruz, imprimiendo una media esfera en la plata. Preocupado por no estropearla más, la depositó junto a su cabeza. Al tirar de las botas de su madre, algo cayó en el talón; Caleb metió la mano y encontró un pequeño fajo de papel mojado. Pensó en la lana rozándole los pies y empujó de nuevo el papel hacia la puntera de la bota. Le rasgó el vestido en dos y este se deslizó hacia los lados dejando la piel de Elspeth al descubierto. Caleb apartó la mirada; cada destello le traía un nuevo pedazo de su madre. Elspeth siempre había mantenido su cuerpo en la más estricta intimidad. Nunca se lavaba frente a ellos ni nadaba en el arroyo en verano, y rara vez llegaba a exhibir los brazos. Caleb sabía que no había tiempo para el recato. Sobre cada pequeña herida punzante vertió unas gotas de whisky. Hendió el filo del cuchillo hasta que sintió que raspaba con algo y oyó un sonido metálico. Se dio cuenta de que necesitaba una herramienta para extraer la metralla y corrió a buscar las tenazas. Si las tenazas no encajaban en la abertura, hurgaría con el cuchillo hasta conseguirlo. La sangre se derramaba por el nuevo espacio, anegándole a chorros la piel caliente. La mayoría de los perdigones se concentraban en su seno derecho, y Caleb prestaba cada vez menor atención adónde ponía sus manos. Las gruesas y rígidas tenazas necesitaron dos o tres intentos para pescar cada una de las bolas de plomo, especialmente aquellas alojadas en los músculos, cuya firmeza le dejaba poco

margen de maniobra. Arrojó los perdigones en una taza de estaño; todos aterrizaron con un gratificante tintineo. Cuando sacó la bala extraviada del cuello, ella se revolvió. Caleb tiró las tenazas y retrocedió un paso desde su improvisada mesa de operaciones. Un reguero de sangre brotó del cuello de Elspeth y luego paró. Esta pestañeó y abrió los ojos como por ensalmo.

—Dios —dijo ella.

—Soy yo madre, solo soy yo —dijo él—. Caleb. Tu hijo.

Tras aquellas palabras se dio la vuelta y escupió una pequeña flema de sangre, su cuerpo destruido por el esfuerzo. Un potente suspiro la dejó exhausta. Caleb esperó, abrazándose como defensa, hasta que ella inspiró una vez, larga y profundamente, y luego otra, más corta, y otra más.